



Cuento

COMO CASUALIDAD

Óscar Cortés Tapia *

Y Baltasar Jaimes, silencio mismísimo, cantaba y cantaba. Fue una noche de sábado, cerca del puente. . . No lo creíamos. Cómo. La mentira o el sueño nos nubló el juicio —supuse yo, la mayor de todas. . . Pero sus pasos —distintos— y esa voz desconocida nos deslumbraron con su sol entero. . .

Sí, Aristeo Leyva tuvo mujer: la Lupe. Antes de que se juntaran era de mis muchachas, allá en San Marcos. . . *Ahora sí, doña, ahora sí, la vida es un chocolate para mí sola* dijo cuando empacaba sus cosas: se iba con él. . .

Sábado a sábado Jaimes viene a la cantina, igual que los ingenieros y peonada que construyen la carretera nueva. Bebe mezcal. . . ¿Su gusto? Pensarlo así es demasiado simple, como aire dócil. Cada trago parece añadir un gajo a la montaña de oquedades que le cruza la mirada. . . También la rocola es amontonamiento: le da por echar y echarle monedas y extravíos; entonces una sola canción, como cascada de tierra, inundará la tarde. . .

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

- ¿El difunto?
- Tirado por la barranca, mi comandante.

Sí, Lupe sería sangre y cordura de Aristeo. Lo presentí y la previne mientras revisábamos las últimas cuentas: *Mal asunto: tú, hembra bonita, amodada a los andares de viento; él filo sinfín...* Sí, ya lo presentía yo. Vivir eternidades del culo le enseña a una a reconocer los indicios del desastre...

Como griseza que se desprende del camino viejo Baltasar llegó a Vergeles. De eso hace mucho, justo el diciembre en que no regresaron los que van a la pizca en California... Nadie sabía de dónde vino ni los pensamientos que enredaba con el silencio... La manera en que Baltasar Jaimes se me acercó tuvo algo del acecho: luego de ires y venires de sombra, frente a la tlapalería, largo rato duró sentado en la banqueta; en no sé qué momento, una pesadez en la nuca me obligó a voltear hacia la puerta: ahí estaba él, junto a bultos de mortero y rollos de manguera...

- ¿Quién fue?
- No se sabe, mi comandante. Unos chamacos hallaron el cuerpo allá en la barranca, detracito donde las putas.

Y Baltasar Jaimes tomó hacia el monte. Sólo su canción se quedó, encochambrada al oído... La profecía —dijimos nosotras o lo pensé nomás yo...

Sí, los nombres del hastío, de lo encharcado que pudre lo que toca, le voltearon a Lupe el amor; ya ni el recuerdo de los primeros días con Aristeo Leyva pudo sujetarla: amodada a los andares de viento como estaba...

Jaimes y la canción, o la canción y Jaimes, son uno. Dentro y fuera de la cantina se sabe como la única verdad del mundo... ¿Quién separaría su mirar de desierto y esa canción que lo hunde en un pantano secreto, como encerrado en un puño...?

- ¿Y quién era el difunto?
- Uno de fueras, mi comandante. Trabajaba con los de la carretera. Apenas si se hizo el mes por acá.

Compadecido del hombre, le di trabajo en la tlapalería. Me resultó acomodado, de barro fresco: fueron semanas de cargar y descargar bultos; acomodar y sacudir la mercancía; barrer y, en ocasiones, velar... Entonces la yerbamala de mis terrenos —en el monte— enfermó a mis animales; decidí que Baltasar me sería útil desyerbando por las mañanas, cuidándolos de noche... Le di un machete y lo necesario para que se acomodara allí... Terco mutismo el hombre, me sorprendía más por su fiereza —digo bien—, su fiereza y habilidad con el machete. En pocas horas limpiaba casi la mitad de un terreno grandecito. Lo hacía como si segara recuerdos malos...

Y la cancioncilla de Jaimes el Mudo seguía y seguía dentro de nosotras...

Sí, Aristeo estaba más que muerto: hasta le arrancó la esperanza Lupe cuando lo abandonó... Más le valía no haber ido a mi casa en aquella noche de Año Nuevo: *Me gusta la del vestido floreado, doña. Como que en ella la pasión es árbol robusto, siempre verdeciendo* me dijo... Después se juntaron. Yo dejé San Marcos y vine a Vergeles. Lo que supe después fue sólo de oídas...

Bajan en camionetas hasta la plaza los hombres de la carretera, luego de que mengua el calor. Algunos, dinero de sobra en su raya, llegan a la cantina, olorosos a polvo y sol de días solos... No le ponen atención a Jaimes; apenas si el trabajador de don Atilano, el tlapalero, resulta más que una mesa o una botella. Tampoco le impiden que repita y repita su canción, como cascada de los sábados. Ellos vienen a emborracharse y, ya entrada la noche, se van con las putas. ¿Qué podría importarles la aridez completa que es Baltasar Jaimes...?

— ¿Ingeniero?

— No, mi comandante. Era el capataz.

Aunque Baltasar no pudo nada contra el pedrerío de leyendas, de reputaciones, que le arrojaban por ser la imagen del silencio, eso mismo, su terco mutismo, parecía cubrirlo de espinas gordas y protectoras: a más fantasía ajena, lo alma en pena o lo asesino huyendo lo aislaban de los demás... En las tardes la tlapalería era visitada por ociosos y chismosas, y yo agrandaba gustosamente sus habladurías, sus asombros...

Y lo dijo bien claro don Atilano, como si fuera el profeta Daniel o Zacarías: Baltasar Jaimes tiene una pena de las hondas. El día que se cure le conocerán la voz. Entonces no tendrá ya nada que hacer aquí...

Sí, Lupe no tardó en encontrar acomodo. Qué trabajo si siendo bonita y diestra para los gustos de los hombres... Ella no estaba hecha para las horas a cuentagotas de lo doméstico...

Jaimes también se emborracha; no a

caer. Y se hunde lento lento en el pantano de la canción...

— ¿En la barranca mataron al capataz?

— No se sabe, mi comandante. Sería afuera de casa de las putas y luego lo aventaron... Nadie vio nada. La última vez que estuvo con ellas salió bien briago y a lo mejor alguien... ¿No cree, mi comandante...?

Los sábados Baltasar estaba en la cantina. Yo le daba consejos y él sólo desviaba la mirada, como atajándome... Responsable, eso nadie se lo quita, pero ¿qué tanto achicaría su pena con mezcal o con la canción...? A veces concluyo que el trago para él era una cura... o un chorro de limón en las heridas...

Sí, como aires que se buscan sin saberlo para su desgracia, Lupe se topó con otro: uno de ojos verdes, verdes y muy grandes, que le supo hablar bonito con el cuerpo...

Jaimes largamente mira el vacío. Cuando vuelve a este mundo da tragos amorosos al mezcal... De rato en rato contempla a ingenieros o peones. Como que busca algo en los rostros picados de mosquito, de los primeros; o en la piel terregosa y morena de los otros...

— ¿Y por qué?

— Una cosa es segura, mi comandante: al fulano no lo robaron. Escuché que los peones no lo querían, que era muy déspota, fanfarrón, que se peleó con varios... Sería por eso.

Baltasar tenía por costumbre traer bien afilado el machete que le di. Cuando ya no se necesitaba aún lo hacía... Él mismo semejaba un machete listo para cortar: flaco, mirar de soslayo, mudo... Si lo perdió, no lo sé. Lo corrí, tuve que: una sola vez me descuidó a los animales y eso bastó para que tragarán yerbamala sin limpiar de los terrenos. La vaca mejor y el becerro manchado de un ojo se me murieron por su culpa...

Y la canción quemaba los oídos...

Sí, Aristeo se enteró del rival con ojos verdes. Y su furia se multiplicó... Juró y juró, como lima rabiosa, que devolvería las cosas a su lugar, de donde nunca debieron moverse...

— ¿Cómo fue?

— A machetazos, mi comandante. Ah, porque me hallé por ahí un machete embarrado de sangre... Se nota que el capataz pagó una cuenta muy crecida...

Lástima de hombre... Trabajador, eso que ni qué. Pero, ¿qué lo pondría tan distinto que hasta se animó a ir con las putas?

Dicen que doña Anita, la madrota, lo miraba extrañada y que decía cosas incomprensibles entredientes... Esa vez se perdió de tan borracho y me descuidó a los animales...

Y la canción del Mudo...

Sí, Aristeo anduvo tras la pareja durante meses. Y los alcanzó por los pueblos de la costa... A ella, Leyva le arrancó de la sangre la pasión indebida... Del rival, que con palabras del cuerpo y los ojos verdes le turbó el jui-

cio a la Lupe, ya no se supo nada... Y pensar que ella me repetía sin parar: *Ahora sí, doña, ahora sí, la vida es un chocolate para mí sola...*

— ...

— No entiendo algo, mi comandante. ¿Por qué le vaciaron los ojos? Uno que lo conocía dijo que el capataz los tenía verdes, verdes y muy grandes... Las putas luego luego se alborotaban con él. Y eso que no duró ni el mes por acá.

Tuve que correrlo sólo por esa borra- chera. Carajo. Ni modo... Me acuerdo cómo se acercó al mostrador de la tlapalería y con voz ronca me dijo su nombre y su necesidad... Y cuando me aseguró: *Soy de fiar, don. Lo suyo como si mío...* El machete no me importa, pero hombres trabajadores como Baltasar...

Y la canción

Sí, Aristeo Leyva quedó hecho otro... Tanto que al principio no lo reconocía y me sonaba como espectro o mal recuerdo... Quién se lo iba a imaginar... aquí en Vergeles... Sí, con pasos de sombra, mirar de desierto... Sí, como Baltasar Jaimes, silencio mismísimo...

